

otra idea que la del respeto filial, sin otra voluntad que la de Jimena; y acostumbradas á la obediencia, que es para ellas un deber sagrado, no vacilan en presentarse erguidas ¹ al sacrificio de su libertad, cumpliendo así los mandatos de un padre, que lloraban desde la infancia en el destierro. Cuando villanamente azotadas y escarnecidas por los infantes, vuelven al seno de Jimena y de Ruy Diaz, ni una acusacion ni una queja sale de sus labios, para acrecentar la pena de aquellos desconsolados padres. Hé aquí pues cómo en el *Poema de Mio Cid* no faltan esos contrastes vigorosos que señalan en el gran cuadro el valor de cada personaje, brillando estos por la fuerza del claro-oscuro que le dá verdadero relieve.

Entre todas las figuras sobresalen sin embargo la de Mio Cid, la de Jimena y la del rey don Alfonso. El Cid, á quien algunos escritores dan el título de Aquiles español ², aparece sobre la cú-

¹ Acaso al examinar la obra de un arte adelantado, no repararíamos en esta circunstancia; pero tratándose de un monumento de la primitiva poesía castellana, conviene notar el modo cómo describe el poeta á las hijas de Mio Cid, cuando el héroe ordena á Minaya que las despoje con los infantes:

2238 Levántanse derechas, | et metiógelas en mano.

Adviértase lo que significa *levantarse derechas*, cuando sólo la idea de la obediencia las obliga, y se acabará de formar completa idea del carácter bellísimo de estas dos hermosas criaturas.

² Como esta denominacion repetida pudiera dar origen en la juventud á equivocadas opiniones (y á fin de completar en lo posible el estudio sobre el carácter del Cid), parécenos oportuno observar que sólo hay punto de analogia en la alta representacion que uno y otro personaje alcanzaron en su nacion respectiva. Al considerar las dotes que en cada cual resaltan, se comprende en efecto que esta, como todas las comparaciones semejantes, no puede ser exacta. Aquiles, cuya venganza canta Homero, era una necesidad del pueblo argivo: sin su brazo invencible, ni podian ser destruidos los muros de Troya, levantados por Apolo y Neptuno, ni perecer tampoco el jóven Troilo, hijo de Priamo, á cuya suerte estaba ligada por el Destino la fortuna de la desventurada Ilión.—Aquiles, sacado por la astucia de Ulises del palacio de Deidimia, cede al decreto inexorable del Hado que le arrastra al Asia, no como el libertador del pueblo heleno, sino como instrumento de la venganza de una familia tristemente fatal para Grecia, hallando ante los muros de Troya la muerte, á que estaba predestinado y que Tétis, su madre, habia

pula del edificio, como la estatua de la fé que ostenta en su diestra el lábaro triunfante. Es como dejamos apuntado en otro lugar, la representacion viva del espíritu caballeresco español, el

procurado evitar, bañándole en la Estigia. La cólera de Aquiles, principal asunto de Homero, le lleva hasta el punto de cebarse inhumana y cruelmente en el cadáver de Héctor, inmolado á los manes de su querido Patrolo: no es ya entonces el sentimiento nacional ni el ultraje recibido por los Atridas lo que mueve su iracunda y exterminadora diestra: muévela sólo el rencor que engendra en su pecho contra los troyanos la desastrosa muerte de su amigo, quien segun la inapelable ley del Destino debia morir á manos de Héctor. Aquiles, tan impetuoso y terrible como lo presenta el gran poeta de Smyrna en su inmortal epopeya, es el hijo de la diosa de los mares y viste las armas que á ruego de la misma Tétis le habia forjado Vulcano. Todo es fatal en la vida del héroe griego, sin que basten ni su naturaleza sobrehumana, ni el solícito amor de su madre, ni las armas invencibles que cubren su cuerpo, ni las aguas de la Estigia que le hacen invulnerable, á libertarle del tremendo fallo, escrito en el libro de la *Fatalidad* por el Destino.— El Cid por el contrario jamás aparece como una necesidad fatal de la grey castellana: el enemigo de su pueblo lo era igualmente de su Dios: la religion y el patriotismo fueron por tanto los poderosos móviles de sus hazañas. Rodrigo, considerado en la *Leyenda*, despierta al grito del ofendido honor de su padre, para vengar la recibida injuria: despues se lanza en mitad de los combates para purgar, por decirlo así, aquella culpa venial de su caballerismo; y en esta carrera de gloriosas jornadas, donde avasalla reyes enemigos, conquista la admiracion de sus compatriotas y el cariño de su monarca, colocándose al frente de la nobleza castellana. Cuando puede caer sobre el honor de su pueblo la negra mancha de la traicion de Vellido, el Cid es el único hombre que se atreve á exigir el juramento de Alfonso, sin que le mueva á tan árdua empresa el fallo de una divinidad inexorable, ni le arredre tampoco la ira del soberano, tan generosa y noblemente provocada. Si Aquiles abandona á los griegos cuando el capricho de Agamenon le despoja de su esclava Briseida, el Cid, desterrado de Castilla, desposeido de sus bienes y separado de su esposa y de sus hijas, parte con su rey el fruto de sus victorias, anhelando su amistad y no parando hasta conseguir su gracia.—No es Ruy Diaz de Vivar de la prosapia de Júpiter ni de Vénus, ni ciñe su cuerpo con una armadura templada por los ciclopes: es el hijo menor de Diego Laínez, á quien la primera nobleza de Castilla echaba en cara la humildad de su estirpe, y sólo cubre su pecho espesa loriga, tejida por mano de otro hombre. Ni es tampoco invulnerable: sólo se le ha revelado en sueños que obtendrá el premio de su fé y de sus virtudes; revelacion que no sale de su pecho y que basta para encender el fuego de la creencia y del patriotismo en el fondo de su alma, impulsándole secretamente en la senda de la gloria.

símbolo de las libertades y de la independencia castellana, y en una palabra el héroe de la religión y de la patria; pero no un héroe inflexible, para quien nada significan las flaquezas de la humanidad, para quien son estériles los sentimientos de familia. El Cid es vasallo, es padre y es esposo, al mismo tiempo que ciñe sus sienes con el inmarcesible lauro de cien victorias. Cual vasallo de un rey, á quien considera ya como dado por la mano de Dios, ni puede ni debe contrariar sus mandatos, por más que repugnen á sus naturales instintos, ni le es dado tampoco examinar la justicia ó injusticia de los mismos. La idea de haber excitado su enojo le aflige sin embargo en el destierro; y su único deseo, su único afán se dirige á disipar el ceño de su rostro. Cuantas pruebas de respeto y de cariño puede imaginar su acrisolada lealtad son tributadas por Mio Cid al rey Alfonso, no creyendo solemnizar sus maravillosos triunfos sin compartir los despojos del campo con el monarca que le tiene desterrado. Así, cuando sabe que vencido el rey de su heroísmo y de su generosidad consiente al cabo en restituirle su cariño, rebosa su alma en la más pura alegría, levantando las manos al cielo para rendirle gracias por tan señalada ventura.

1930 ¿Cómo son las saludes | de Alfonso, mio sennor?...
[Decitme] si es pagado, | ó si recibió el don?...
Dixo Minaya [Álvar Fañez]: | D'alma é de corazon
Es pagado [don Alfonso] | é davos su amor.
Dixo Mio Cid: | Grado al Criador.

No puede en verdad trazarse con más breves pinceladas cuadro tan completo, ni donde resalte más vigorosamente la no desmentida lealtad de Ruy Díaz, como vasallo del rey de Castilla.—Como padre y como esposo, llora copiosamente, al separarse, tal vez para siempre, de su triste Jimena y de sus inocentes hijas; pero su

El Cid no es grande á pesar suyo, sino en virtud de su libre albedrío, que aun viéndole consultar los agüeros, le separa de los demás guerreros y cortesanos y que le presenta como una individualidad altamente heroica, en torno de la cual se agrupa todo lo más noble, todo lo más valeroso y todo lo más independiente del pueblo castellano. Creemos por tanto que hay cierto peligro en designar al primer paladín de España con el nombre de *Aquiles*, y no entera exactitud en el sentido verdaderamente crítico.

llanto no es el llanto del hombre afeminado y cobarde, cuya vergonzosa debilidad repugna al sentimiento de lo grande y de lo sublime: el Cid llora con la ternura apasionada del héroe, á quien persigue la ira de su rey; con la simpática expansión del guerrero que vuela desde los brazos de su esposa á coronarse de laureles en el campo de batalla. Y á estas cualidades, que constituyen en el fondo el admirable carácter del hijo de Diego Lainez, se agregan también, en medio de una honrada credulidad que burlescamente torpemente los infantes sus yernos, una generosidad y esplendidez sin límites y una prudencia y cordura propiamente nestorianas, siendo ineficaces cuantas alabanzas pudieran hacerse de su esfuerzo: su espada jamás se mira *fambrienta*. Mio Cid es, en una palabra, leal con su rey hasta el idealismo; tierno y cariñoso con su esposa y sus hijas; generoso y magnánimo con los vencidos: dadivoso con los suyos; espléndido para con los extraños; prudente y moderado en el triunfo; terrible y exterminador, como el rayo, en los combates.—Y silleno de heroico entusiasmo, consagra todo su valor en aras de la independencia y de la religión de su pueblo, también responde con varonil entereza al grito de su honor ofendido, siendo éste móvil no menos poderoso de sus grandes hazañas. En la *Leyenda de las Mocedades* le pone en la diestra la injuria recibida por el anciano Diego Lainez la vengadora espada, que había de brillar triunfante en el suelo de Francia: en el *Poema* le incita á tomar venganza de los condes de Carrion la torpe mancha que osan estos echar sobre su clarísima fama en los Robledos de Corpes. Así, el honor ultrajado de Mio Cid, siendo en su juventud el aguijón que despierta su heroísmo, le mueve también en los últimos días de su vida á recurrir al juicio de Dios, excitando una y otra vez la admiración y el entusiasmo del pueblo castellano. Por eso el honor viene á ser la más firme base de su elevado carácter, animando desde entonces este sentimiento á los héroes españoles, y siendo el tema favorito de los poetas populares ¹.

¹ Este sentimiento penetra por último en el teatro, produciendo las más preciosas joyas de la dramática española. Al estudiar pues el arte de Lope y de sus discípulos, veremos comprobada esta observación, debida á los primeros monumentos de la poesía castellana.

Jimena es el modelo de las esposas. Obediente, sumisa, cariñosa y tierna para con Mio Cid, no es todavía la mujer, á quien levanta sobre los altares de la galanteria un caballerismo exagerado. Ni la rodea el fingido respeto que los provenzales tributan á sus damas, al mismo tiempo que ponen á prueba su quebradiza virtud, ni la asedian tampoco los voluptuosos deseos que halagan la imaginacion ardiente de las mujeres orientales. El amor que une á Jimena con el conquistador de Valencia no ha menester revestirse de formas hiperbólicas para ser puro, grande y verdadero, bien que no menos respetuoso, tierno y apacible: se expresa con la sencillez y la espontaneidad que recibe del sentimiento; y sin exigir un culto idólatra, tiene en el honor su más firme escudo y se cobija bajo el manto de la religion, que le presta al par su magnífica y brillante aureola. Jimena es por tanto la mujer histórica de España en los siglos XI y XII, no pudiendo existir en el arte con diversas condiciones de las que ostentaba en la vida real; vida notablemente poética por multitud de accidentes y circunstancias, nacidas de las costumbres y engendradas por los sentimientos y las creencias.

Objeto constante del cariño y del respeto del héroe, no se desdén de reconocerle como á su natural señor, ni juzga quebrantar los fueros de la belleza, humillándose ante él y besándole las manos ¹. En semejantes actos de sumision y de acendrado cariño, no es posible pues encontrar la mujer idealizada por el arte, cuando admite ya este la influencia del elemento caballeresco; porque en aquellos dias de heroismo, siendo el amor un sentimiento verdadero y profundo, que bastaba para purificar el corazon, derramando en él raudales de felicidad y brindándole segura bienandanza, ni se sospechaba siquiera por los guerreros españoles que para santificar aquella pasion noble y pura, necesitaban entregarse á los desvarios y extravagancias que la adulteraban y desfiguraban en los paises propiamente feudales ².

¹ Véase el capítulo anterior, págs. 140 y 150.

² Para no amontonar nuevos testimonios, remitiremos á los lectores á la Ilustracion VI.^a de la I.^a Parte, donde queda ya reconocida la mujer idealizada por los trovadores, no menos que el amor por ellos cultivado y sometido

Mas no sólo es Jimena la esposa sumisa que refleja en sí todas las dotes, todas las virtudes de las mujeres castellanas de los siglos XI y XII: en el *Poema* que vamos analizando, aparece tambien como el modelo de las madres cristianas. Solícita, tierna y apasionada para con las prendas de su amor, consagra en el retiro de Cardeña toda su existencia á inocular en sus corazones aquellas mismas virtudes, logrando así su asiduo desvelo formar el alma purísima de doña Sol y doña Elvira.— Si, cuando los infantes de Carrion solicitan la mano de estas, recela y desconfia de la probidad de aquellos disipados mancebos, el respeto profundo que le inspira la voluntad de Mio Cid y la costumbre de la obediencia sellan sus labios, comprendiendo como prudente y discreta que debia doblar el cuello al sacrificio impuesto por el rey á la lealtad de su esposo. Su amor adivina, al dejar á Valencia los infantes para restituirse á Castilla, la deshonra que á sus queridas hijas amenaza: la veneracion con que oye siempre los mandatos de su esposo, le arranca no obstante el consentimiento, sin que en el punto de la despedida dé muestra alguna de flaqueza. Hé aquí la simpática y expresiva fisonomia de Jimena, en la cual, segun vá insinuado, se contempla el brillante bosquejo de la mujer española del siglo XI, con todas sus virtudes y sencillos encantos.

El rey don Alfonso, aunque ofendido por la indomable entereza de Mio Cid, aunque airado despues por la noble franqueza del vasallo que osa contradecirle, en nombre de las libertades y fueros de Castilla, y siempre excitado contra el héroe por la torcida é implacable envidia de los áulicos, todavía oye con generoso agrado los maravillosos triunfos de Ruy Diaz; y sorprendido á vista de tanta lealtad y caballerismo, se envanece de ser rey de un caudillo á quien pagan tributo otros reyes, volando la fama de su nombre de uno á otro confin de España. Don Alfonso duda entre el herido orgullo, la dignidad de soberano y la admiracion que experimenta su pecho al contemplar la grandeza del héroe: fluctúa en verdad entre la influencia de los áulicos y el predominio extranjero que

á un código tan repugnante como contrario á las leyes del decoro y aun de la misma naturaleza.

había recibido en su córte, más inadvertido que prudente, y la preponderancia popular de Mio Cid; pero al cabo triunfa la rectitud de su alma de las sugerencias de menguados cortesanos, que envidian el valor y la gloria de aquel guerrero; y dando rienda suelta á sus nobles sentimientos, le restituye su mujer, sus hijas y sus riquezas, conservándole en su gracia hasta que pasa de esta vida. El más claro testimonio de la sinceridad, con que el rey don Alfonso recibe en sus brazos al delador de Valencia, reconciliándose de esta manera con los ofendidos instintos de su pueblo, existe en la indignación con que sabe la bastarda conducta de los condes. Cuando á presencia de los grandes y prelados del reino, se dirige á Mio Cid, para que exponga su queja contra aquellos, diciéndole:

3154 Agora demande | Mio Cid, el Campeador:
Sabremos qué responden | Infantes de Carrion,

y el Cid le replica:

Por mis fijas quem' dexaron | yo non hé desonor:
Ca vos las casastes, Rey, | sabredes que fer hoy;

comprende don Alfonso la alta prueba de hidalguía que el hijo de Diego Lainez exige de su lealtad; y tomando por suya la ofensa recibida en los Robledos de Corpes, acoge bajo la salvaguardia real á los guerreros que en nombre del héroe apelaban al juicio divino, para convencer de traición á los alevosos infantes. El triunfo completo que aquellos obtienen en las mismas tierras de Carrion, colmando las esperanzas de Mio Cid, llena también de gozo al monarca, quien receloso de los condes, emplea todas las precauciones que le sugiere su nobleza, para poner á salvo de cualquier golpe airado (*salto*) á los paladines de doña Sol y doña Elvira.

Véase pues cómo no es la variedad en los caracteres la prenda que menos resalta en este poema heróico, que tan dignamente refleja la cultura del pueblo español en los siglos XI y XII. Si desprovisto el poeta de la experiencia propia de un arte adelantado, no ha podido desarrollar plenamente estos caracteres; si contentándose con la belleza extraordinaria de los personajes, tales como los había creado la imaginación del pueblo y los conservaba la inmediata tradición, no concibe siquiera la necesidad de atribuirles

nuevas prendas, no por esto podrá decirse con justicia que no supo distribuir convenientemente los colores en el cuadro que pinta, logrando darle esa viril armonía, que tanto seduce á los que aciertan á examinar con verdadero espíritu crítico tan peregrino monumento. Lo que se nota en este atrevido bosquejo del heroísmo castellano es sin duda que son demasiado brillantes los colores que dan vida á los personajes, echándose al par de menos la dulzura y morbidez de las medias tintas. Pero ya lo hemos indicado: esos colores primitivos, tan brillantes en el *Poema de Mio Cid* como en las tablas bizantinas, son los únicos de que puede disponer un arte que se halla todavía en sus primeros albores. Ha bastado no obstante esa brillantez y extraordinaria frescura para arrancar de los críticos la confesión de que abundan en tan preciosa joya de la poesía castellana, rasgos verdaderamente sublimes, no faltando escritores que en la nativa sencillez de estos mismos rasgos hayan descubierto todo el candor y toda la grandeza de Homero.

El *Poema de Mio Cid* no debía sin embargo llenar respecto de su conjunto las condiciones deducidas del estudio de la epopeya clásica: antes de ahora hemos visto cuáles son los fundamentos del arte cristiano, observando también que apartándose grandemente de los que constituyen el arte homérico, no era posible que hubiese semejanza alguna en los medios de manifestación por entrambos empleados. La epopeya griega admitía lo sobrenatural, como elemento indispensable para su completo desarrollo, haciendo intervenir á los dioses en las cosas de los hombres de una manera personal y activa, de donde han sacado los preceptistas la necesidad de ese recurso artístico denominado *máquina*. También la epopeya cristiana debía fundarse en lo maravilloso; pero sin necesidad de que se dividiesen en opuestos bandos las potestades celestiales, para decidir de la suerte de dos ejércitos enemigos, ni se expusieran tampoco á que la pica de un caballero derramara su sangre en mitad de las batallas¹. Lo maravilloso, lo sobrenatural estriba en la omnipotencia de un solo Dios y en la fuerza del sentimiento religioso y patriótico, móviles que impulsando á los guer-

¹ Iliada, lib. V, vers. 334 á 340.

reros á todo linaje de empresas, patentizan la terrible lucha del frágil barro que los viste y del levantado espíritu que los inflama. Dios envía alguna vez sus ángeles ó sus santos para confortar ese mismo espíritu; pero sin anular jamás el libre albedrío, ni contraponer tampoco su infinito poder al de otra divinidad alguna.

Tal es la inagotable fuente de las situaciones, ya terribles, ya patéticas, ya cómicas y apacibles, que en el *Poema de Mio Cid* encontramos. No hay en él episodios ni incidentes fantásticos, que alterando frecuentemente el orden de las cosas, den forzada variedad á la narración, cargándola de galas excesivas ú ornamentos extraños: fuera de la aparición del arcángel Gabriel, expuesta con suma sencillez, no puede mostrarse el poeta más sóbrio, al referir los hechos que le inspiran, tal vez convencido de que sólo há menester de su propia grandeza para excitar con ellos el entusiasmo de la muchedumbre, á quien dirige sus cantares. Por esta razon ni invierte ni trastorna los sucesos (lo cual ha sido causa de que se dé al *Poema* el título de *Crónica*), ni busca á sabiendas la contraposición de estudiadas y facticias situaciones, ni se mortifica para hallar en medio de su entusiasmo la belleza de la frase; y sin embargo sorprende y conmueve el ánimo del lector muy á menudo con la novedad é interés de las situaciones, no menos que con la ingénua sublimidad de los pensamientos.

Fuerza es pues convenir en que, si carece el *Poema de Mio Cid* de aquellas ficciones y perfiles, propios de una poesía más artística y adelantada, no faltan en él ciertas condiciones que, en estrecha armonía con la sociedad que lo produce, podrian acaso colocarle entre los poemas épicos, aun admitiendo la idea que dan los preceptistas de este linaje de composiciones. No falta en él en efecto unidad de acción, y se cuentan cosas de reyes y de egregios caudillos, pudiendo aplicársele, como notó el diligente don Tomás Antonio Sanchez, el precepto de Horacio:

Res gestae regumque, ducumque et tristia bella ¹.

Y observaremos más: siguiendo las doctrinas de los grandes

¹ Horacio, *Epist ad Pissones*, ver. 73; *Colec. de poes. cast.*, tomo I, Pág. 230.

críticos de nuestros dias, es decir, admitiendo que la epopeya debe revelar un pueblo, una religion y una historia, tampoco seria gran despropósito el clasificar este peregrino poema entre las epopeyas primitivas. Sin embargo, á pesar de reflejarse en él de un modo sorprendente las creencias y las costumbres del pueblo castellano; á pesar de revelarnos las *maneras de explicarse aquellos infanzones de luenga é bellida barba*, para valernos de la feliz expresión de su primer editor, no llena cumplidamente el *Poema de Mio Cid* las condiciones que ha impuesto la crítica á este género de poemas. La civilización española, que se enlaza estrecha y directamente con la de los tiempos modernos, aparece en este raro monumento todavía en su cuna: el carácter nacional personificado, y si es lícito hablar así, reconcentrado en Mio Cid, se halla todavía en germen. Verdad es que sin la idealización de su historia, idealización realizada casi enteramente en el *Poema*, ni hubiera tenido aquel completo desenvolvimiento, ni habria llegado á ser el nieto de Lain Calvo tipo á un tiempo del valor y del honor del pueblo castellano. Pero en aquella primera mañana del arte, sólo podia ofrecer pueblo tan hidalgo como valiente en aras de la religion y de la patria el sacrificio de sus hijos, sin que abrigase aun la esperanza de un triunfo cercano y decisivo: peleaba para lo porvenir, y guiado de la fé, caminaba paso á paso por la difícil y sangrienta senda de la reconquista. Las victorias portentosas del Cid exaltaban su entusiasmo; pero no podian asegurar definitivamente la paz de sus hogares, restaurando la patria de la opresión, ni rescatar del todo las reliquias de sus mártires, restituyendo al culto divino todos los altares profanados por los sarracenos. Así, la civilización cantada en el *Poema de Mio Cid*, no es una civilización triunfante, pudiendo asentarse sin grave riesgo, con arreglo á los principios arriba indicados, que no debe ser considerado como la epopeya española propiamente dicha, sino como la primera página de la epopeya, trazada despues vigorosamente, aunque sin entera unidad artística, en los romances históricos.

Tales son pues las principales relaciones de esta joya de nuestra primitiva poesía respecto de la cultura castellana y del arte que esta produce. Pero si importante es en la historia de las letras españolas el descubrir todos los vínculos que unen al poeta con la

sociedad, ó de otro modo, todos los tesoros de esa poética interior, tan poco apreciada hasta ahora, no menos interesante y curioso será el estudiar las relaciones que existen entre el poeta y los medios del arte, ó lo que es lo mismo, el desarrollo de la poética exterior, tan despreciada; al tratar de esa lejana edad, por los retóricos ¹.

Meditando sobre la estructura general del *Poema*, han vacilado los escritores de más nombradía, al señalar las partes de que se compone, opinando los que mayor seguridad han mostrado, que se divide en tres, comprendiendo la primera hasta el verso 1095, hasta el 2287 la segunda y todo el resto la tercera ². Á la verdad esta division nos parece algun tanto desproporcionada, descubriéndose en el mismo *Poema* vestigios de otra más conforme con la naturaleza del asunto y aun con la índole de estas producciones heróicas, sujetas á ciertas y determinadas pausas, por la misma necesidad de la recitacion ó del canto. Siete son, en efecto, las partes que, en nuestro sentir, ofrece: abraza la primera todos los sucesos narrados desde la salida de Búrgos hasta el vencimiento y libertad de don Raymundo, conde de Barcelona, momento en que alentados Mio Cid y los suyos por el éxito de sus correrías, se disponen á llevar sus armas al centro de la morisma (vers. 1—1092): tiene la segunda por objeto la conquista de Valencia, con todos los incidentes que preceden á esta empresa memorable, alcanzando hasta la reconciliacion del héroe con el rey don Alfonso y el viaje á Valencia de la esposa y las hijas del Cid, que vé de esta manera satisfechos todos sus deseos (1095—1626): abarca la tercera

¹ Nos referimos á la frecuente y no explicada calificación de *bárbaro* y *grosero*, con que designan todo lo concerniente á esta época, y no creemos necesario traer aquí nombres ni títulos de obras. Sin embargo, cuando escritores de tan alta nombradía como lo es Moratin, declaran que todo es deforme en este *Poema*, y no dan otra razon del valor de sus palabras, bien merece su opinion ser conocida (*Orígenes del teatro español*, nota 3).

² Generalmente sólo se reconocia la division en dos partes, notada ya por don Tomás Antonio Sanchez (vers. 2287). Dozy, siguiendo acaso la indicacion de Mr. Magnin (*De la chevalerie en Espagne, Révue de deux mondes*, agosto de 1847), ha añadido la tercera (*Recherches*, pág. 640); pero sin descubrir en el *Poema* las cuatro restantes, que á continuacion señalamos.

desde la invasion del rey Yuzeph de Marruecos hasta la magnífica embajada que envia Mio Cid al rey don Alfonso y el proyecto de matrimonio de los infantes de Carrion, formando uno de los episodios más acabados del *Poema* (vers. 1627—1887): contiene la cuarta las bodas de las hijas de Mio Cid, celebradas en Valencia, donde permanecen los condes de Carrion, honrados y contentos, por el espacio de dos años (vers. 1889—2288): encierra la quinta la aventura del leon y la breve campaña del rey Búcar, dando motivo ambos acontecimientos á la cobarde venganza de los infantes, y comprendiendo hasta la despedida de estos y sus mujeres de Mio Cid y de doña Jimena (vers. 2289—2651): ofrécenos la sexta el infame atentado de los Robledos de Corpes, con el dolor de aquellos amantísimos padres, que reciben con admirable ternura á sus deshonradas hijas, jurando tomar enmienda de tan horrible injuria (vers. 2652—2950); y preséntanos, finalmente, la sétima el espectáculo original de las córtes de Toledo, cerrando todo el *Poema* con el juicio divino y la simple conmemoracion de las segundas bodas de doña Sol y doña Elvira y de la muerte del héroe (vers. 2951—3741).

Y no se crea en modo alguno que esta division, nacida de la naturaleza misma del asunto cantado por el poeta, carece de fundamentos exteriores, fuera de los que la misma accion nos ministra. El verso 1095, primero de la segunda parte, dice:

Aquis' conpieza la gesta | de Mio Cid, el de Bibar.

Los versos 1627 y 1628, con que dá principio la tercera, estan concebidos en estos términos:

El invierno es exido, | que el Marzo quiere entrar:
Decirvos quiero nuevas | d'alent partes del mar.

El 1888 es como sigue:

De los Infantes de Carrion yo vos quiero contar;

debiendo tenerse muy presente que ni una vez siquiera han sido mencionados antes los referidos condes, terminándose del todo la narracion de la embajada, que trajeron al rey don Alfonso Minaya y Pero Bermudez.